

Universidad Autónoma de Nuevo León Gladys Mena Maya

Tampico

No eres común

A Sandra Carrales

Si te veo
si te oigo
si te sé tangible
es porque
en realidad existes
¿Habrá sido
un designio divino,
tal vez un error celestial?
No es común
que Dios regale
o extravíe

La rodilla

de mí índice
me recuerda
el odio AMOROSO
Tu yo

Manchegada

coraza cortés
violentemente
recibida
sin ti
mí Dulcinea
a la distancia

Víctor Hugo Martínez González

a sus ángeles
No es común
por eso mis dudas
mi afán por sentirte
acaso posesionarte
y es que teniéndote
aun no acabo por creerlo
tengo conmigo un pedazo de cielo
Serás un regalo
un yerro
o una estrella amiga

Rogelio Escamilla Gutiérrez

El verde tabaco

El verde tabaco
de Tú
ausencia
me entristece

1437 horas 26 de noviembre 1994

Salvador Abrego Morales

Juan Ignacio Mendoza

Otro efecto a corto plazo

La monstruosa e intimidante marea humana que se vertía sobre las aceras de la babélica ciudad despertaba rumores secretos acerca de su notorio intento por no dejar un solo lugar sin que se hallase infestado de su presencia. Era como si le privara un deseo mordaz con cimientos en varios afanes por heredar cierta constancia de su estadio inmediato y avasallador. Yo decidí ingresar al ojo de ese huracán urbano. Poco después, pagaba las consecuencias tan monótonas: caminar y caminar hacia adelante gastando mi tiempo.

Bajo esas circunstancias, mis únicos quehaceres eran sencillos y absurdos, como meter mis manos en los bolsillos del pantalón, quitarme el saco para ponérmelo nuevamente en cuestión de un par de minutos, ajustar el nudo de la corbata, cerciorar la correcta estancia de mis pulmones y mi cartera donde se suponía que habitaban, a la vez que evadía los insaciables charcos ávidos de suelas y tacones. Y me mantenía caminando... sólo caminando.

Carente de reflexión, inserté mi mirar en la acera dibujada a mi lado izquierdo para perderme con unos aparadores que dialogaban el lenguaje de la tendencia otoño-invierno en la moda masculina. Su mensaje mercantilista era tan descarado como lo eran sus precios estratosféricos, pero eso realmente no importaba. Y entonces, como humo alquímico, apareció ella. Ahí iba, deslizándose su porte entre los transeúntes, con la segunda piel de sus medias ajustada a sus piernas de un modo ritualístico y con su traje color gris Oxford (del cual sobresalía más la exquisita falda tan ceñida justo sobre las rodillas), con sus zapatos de ante negro y la cabellera desafiante, como siempre; con su belleza irrefutable, muy cínica y perfecta, tanto que hasta daba miedo verla, porque verla y no admirarla suponía un insulto, una herejía me-

dieval, maldición bíblica, algo imperdonable. Llevaba su propio ritmo en el caminar tan seguro y la mirada atenta, mientras que las olas dibujadas en el espacio por sus caderas eran tan armónicas como un allegro privilegiado. Al viento, el busto generoso cubierto con el pudor del rayón blanco de su blusa, tan inalterable y tentador, con el saco abotonado apenas soportando la contundencia de su femineidad de trazos estilizados. Si. Ella, la preciosa, la única, aquella que hasta se lucía más alta, más sofisticada, esculpido los rasgos de su rostro ausente en el taller de la separación emocional. Mi fantástica belleza siempre soñada, siempre anhelada, retornada para mí nuevamente por los evos aletargados.

Comprendí que nunca antes había estado equivocado. Sólo a ella amaba, de manera exclusiva, sin nadie más. Comprendí que su lugar en mi corazón era inocupable, que por ella me mantuve ciego, extraviado, maldecido y condenado. Cualquier ángulo por el que la observará me mostraría una eterna dulce perfección tan sencilla y espontánea, fresca y sugestiva, inocente y pasional. Un gesto suyo y la soberbia quedaba de manifiesto.

No lo resistí. Me detuve. La sobrenatural y repentina aparición de ella me absorbió. Alcé mi brazo y moví el saco de un lado hacia otro para ver si me distinguía y me permitiese acercarme un poco para hablarle... pero nunca lo hizo. Estático como el pasado y nunca volteó. La vi pasar toda la acera perdiéndose, abandonándome en la indefensa situación que me confrontaba al juicio de un millón de ojos atentos e involuntarios que, sin escrúpulos, me sentenciarían a ser ejecutado en el patíbulo de la plática de sobremesa o la narración de la anécdota del día. Y así se fue, permitiendo que la ciudad succionara de manera estrepitosa otro efecto a corto plazo.

Roberto Mendiola

Universidad Autónoma de Nuevo León

Salvador Aburto Morales

Soberano

A León Felipe

Nuestro Rey criminal mentiroso

bastardo también.

Con anuncios luminosos y en noticieros de televisión ha pregonado

su gran linaje.

Ausente de paternidad construyó

su árbol genealógico.

Inventó gestas

y victorias

salió a la calle protegido

con jaurías.

Robó

votos

plagió

ánforas.

De cacería

cada tres

cada seis

años.

Se enseñoreaba ganaba / perdía

a la distancia

Otro efecto a corto plazo

Victor Hugo Martínez González

Y el ciervo

-león descuartizado-

Felipe

de cada hogar

metido

en el refrigerador

verano tras verano

confiaba...

Bastardo

fue extraviando

sus perros criminales.

Volvió

a la escena de los delitos

en tanto ciervo vino

vivo / aclamado

esperado / distinguido.

Heredero de este pueblo

con su rojo historial

más sangriento

ungido / proclamado

Así no es tan difícil

pensar:

El verde tabaco

de tu

ausencia

¡Muera el Rey!

Rolando Carrillo Lechero

César Alejandro Uribe

El asalto

quienes ostentan el poder. Esas novelas de

hombres de carácter que revolucionan las vi-

das de las cosas son solo eso, novelas, fic-

ción. Los políticos y escritores

que quieren para mejor que en el que vi-

que quieren para mejor que en el que vi-

Qué onda, Orlando.

Te escribo desde un lugar que no sé para crear

La política aquí se vive en el día a día. Un

un sistema que beneficia al pueblo de él se vive

que y quien no lo hace no sirve y debe ser re-

Chole lava la ropa interior de Juan, junto a los

chismes de las mujeres, en la vecindad. Las

habladurías no le interesan: solo pensar en

Juan.

-Sinvergüenza, traer manchas de lápiz labial

en los calzones. Bien me lo decía mi madre:

«No te fíes de ese hombre»; pero no, siempre

le creía cuando decía: «Eres la única, mi reina».

Si, soy la única, la única babosa que le

gobierno y para días hoy que ni no me-

teces estar allí en ese oscuro abismo, pero

tal vez ellos piensan que tampoco merezcas

ser Presidente.

Pero recordado bien y te lo repito hoy, aun-

no la pudiste cumplir, ni pudiste para repetir-

lo, aunque tal vez ya no me escuches... aun-

que las palabras se las lleva el viento, te

repito: quien se mere de redentor

casa llena

la bola cruzó

el rightfield

Muchedumbre, portas, mantas, prensas, empu-

iones, discursos, demagogías, aplausos, apreto-

nes de mano, fuertes abrazos, sonrisas a flor

de piel, etérvescencia política. YA CASI TE

SIENDES PRESIDENTE!

Entonces, el borrego se desnudó.

Reservadas todas las expresiones y derechos

hoy, el sol brilla en todo su esplendor y el

contiene la fibra la ropa y el pelo, la gente que

te rodeaba parece feliz, se empujaban para

ver si se veían, se veían para ver si se veían.

creo todo. ¿Cómo pude tragarme el cuento

que anoche iba a un velorio?, seguro consoló

a la viuda.

Chole exprimió la ropa, la tendió al sol y dijo

a su vecina de lavadero:

-Bueno, Chonita, terminé de lavar los calzo-

nes de su viejo. ¿Quiere que siga con las ca-

misas?

da lo mismo te sentabas a comer con el cam-

pesado que con los otros especuladores de

General Motors, sin embargo, comen un

error, el único, pero imperdonable error que

ser Presidente.

dos ellos y esa noche escuchada de una línea

no la pudiste cumplir, ni pudiste para repetir-

tus nietos que un día fuiste el hombre más po-

los del país, porque ya no podías conser-

lo. In séns el Presidente de un País

y penetró al

El palo

rincón del diablo.

Pero recordado bien, ya te lo había dicho

en política no puedes ser diferente al resto de

Andrés Montes de Oca Leal

Jonrón Blues

Batazo seco

el rightfield

la bola cruzó

quedó astillado.

César Alejandro Uribe

Es que a usted lo achica el miedo? No señor a mí no me achica el miedo...

Nicolás Guillén

La tarde que lo mataron

Muchedumbre, porras, mantas, empujones, discursos, demagogia, aplausos, apretones de mano, fuertes abrazos, sonrisas a flor de piel, efervescencia política ¡YA CASI TE SIENTES PRESIDENTE!

¿Recuerdas? era una tarde cálida como la de hoy, el sol brillaba en todo su esplendor y el confeti te cubría la ropa y el pelo, la gente que te rodeaba parecía feliz, se empujaban para poder tocarte y te gritaban para ver si al menos les dedicabas una sonrisa, tú sin duda pensabas como me lo habías dicho antes: «pobres, creen que es un orgullo saludar o tomarse una foto con el futuro Presidente de este corrupto sistema», sin embargo, tú saludabas sincero, como sinceros y agresivos eran los mensajes que dabas en tu campaña. Siempre supiste hablar adecuadamente, lo mismo hablabas con intelectuales que con chavos banda, lo mismo te sentabas a comer con el campesino que con los altos ejecutivos de la General Motors, sin embargo, cometiste un error, el único, pero imperdonable error que puede cometer quien aspira a la máxima Magistratura del País, quisiste ser diferente a todos ellos, y esa noche estrellada de luna llena no la pudiste contemplar, ni pudiste contar a tus nietos que un día fuiste el hombre más poderoso del país, porque ya no podrás conocerlo, ni serás el Presidente de tu Pueblo.

Pero recuérdalo bien, ya te lo había advertido, en política no puedes ser diferente al resto de

Rolando Carrillo Lechero

quienes ostentan el poder. Esas novelas de hombres de carácter que revolucionan las vidas de sus pueblos son solo eso, novelas, ficciones, frustraciones de políticos y escritores que quisieron un país mejor que en el que viven.

La política aquí se inventó no sólo para crear un sistema que beneficiara al pueblo, sino que quienes sirvieran al sistema, de él, se sirvieran, y quien no lo hace, no sirve y debe ser retirado.

Te negaste a creerlo, pensaste que bastaba tener buena voluntad para que las cosas fueran diferentes, pensaste que bastaba con que tú hicieras bien las cosas dentro de la vida política de tu pueblo; para que el mundo cambiara, qué equivocado estabas, nunca entendiste o te negaste a entender que cada quien tiene lo que merece y tal vez por eso este pueblo tiene este gobierno y quizá digas hoy que tú no mereces estar allí, en ese oscuro abismo, pero tal vez ellos pensaron que tampoco merecías ser Presidente.

Pero recuérdalo bien y te lo repito hoy, aunque quizá sea demasiado tarde para repetírtelo, aunque tal vez ya no me escuches... aunque las palabras se las lleve el viento, te repito: quien se mete de redentor muere crucificado.

Todo es posible en la paz

para el E.Z.L.N.

Ya no queda nada

Ya nadie recuerda

Todo queda olvidado

en el tiempo

DISOLUCIÓN SOCIAL

México, D.F., 17 de noviembre de 1968

Qué onda, Orlando:

Te escribo hasta hoy porque no había tenido tiempo, pues en el Consejo hay unas broncas del carajo. Ya te veo encabronándote al leer esto, y cómo no, si desde tu hospedaje en Lecumberri —cuando C.U. fue apañada por sardos y granaderos sorpresivamente— ninguno de nosotros ha ido a verte. No es por hojaldras, recuerda que acá afuera el jale no está tan papita. Anda tan tirante el pedo últimamente que no se ven muchos ñeros por la calle, muy pocas brigadas operan y nosotros sólo salimos a las asambleas y a lo indispensable, porque hay granaderos donde quiera con la consigna de joder a quien se deje. Éstos monos pescan a cualquiera, le dicen: «Ora sí cabroncito, ya nos cagaste las bolas; a ver si tu Ché, tu Fidel o tu Camilo te desafanan de ésta, pinche comunista», lo desaparecen, lo madrean y a los siete días lo presentan ante la prensa convertido en un rojillo activista, guerrillero consumado y cosas peores, para ser mandado como huésped distinguido hacia el Palacio Negro. Tú de eso sabes más que yo.

No imagino cómo aguantarás en ese pinche lugar, pero nosotros tampoco estamos tan a toda madre. Hay tal paranoia por lo del dos de octubre (ya sabrás...) que todos los eventos realizados desde entonces —conferencias, asambleas y demás— han sido calculados al centavo, para que no surja ningún moco en el atole. Es más, antier habló el maestro Revueltas sobre la autogestión académica, y a mí me tocó organizar el «Che Güevotes» para la ocasión allá en Filosofía. Como hay orden de aprehensión en contra de don Pepe, dizque por agitador, me las vi cabronas para protegerlo, mano. Al acto, como siempre, fueron buti periodistas, y el pedo surgió cuando filtraron el rumor de que habían entrado cachirules. Don Pepe comenzó a hablar sereno y yo

Aarón Hernán Aguirre Reyna

con el cutis fruncido, pensando que entre los asistentes hubiera piches chotas, o peor aún: sardos. Pero, gracias a Marx, todo terminó bien y don Pepe pudo salir sin hacer panchos.

¿No te han dicho que en el Consejo estamos que nos lleva la chingada? Desde la matanza en Tlatelolco vivimos escondidos. Yo ahora te escribo desde una casa desconocida, pues periódicamente cambiamos de guarida para que no nos agarren cagando. Hace un chingo que no voy a mi cantera y no veo a los jefes y la carnala; ahí de vez en siglos tengo chance de hablarles por fono, pero de volada, pues la línea puede estar interferida. Han de estar repreocupados, pero ni modo: el gobierno nos marcó con sangre y debo seguirle, aunque me partan la madre. ¿Cómo estará la «Chata»? Desde que los jefes no la dejaron ir al mitin de la plaza con sus cuates de la prepa no sé de ella. Ese día, desde temprano, por radio y televisión se pedía a los padres no dejar salir a sus hijos, pues en Tlatelolco habría (según decían) una reunión comunista que sería sofocada por la fuerza pública, y por eso mis jefes andaban bien escamados. Yo pude salir porque les estuve echando un rollo y confesé ser miembro del comité organizador del mitin. Ellos agarraron la onda y doblaron las mantas, que si no, ni las narices me dan chance de asomar.

Llegando al mitin me encontré a la «Nacha» y la «Tita» y me les uní. ¿Te acuerdas de ellas? Son delegadas del Consejo por la facultad de Derecho. Una de ellas (no recuerdo quién) llevaba bajo el brazo una pancarta alusiva. Ellas se aferraban a ir hasta el frente de la plaza, cosa imposible a esa hora (5:35 P.M.), pues ya estaba reunido un gentío monstruoso. Desistieron de esa

idea y nos sentamos junto a las gradas de la explanada, abrieron la pancarta y gritaron porras y mentadas a la menor provocación. Mientras oíamos a los compañeros por los altavoces conectados en el edificio Chihuahua, donde estaba la tribuna, observé a la gente reunida: había obreros, estudiantes, familias enteras apoyando nuestra causa. Chido era ver a toda la gente del lado de unos renegados del sistema como nosotros, pero no todo era pechuga de ángel: un helicóptero daba vueltas sobre la multitud, casi rozando las azoteas de los edificios. Esto provocó desconfianza y algo de cuscús entre los asistentes, pero no a nosotros tres. Esperábamos alguna intromisión militar, pero sólo con algunos detenidos o golpeados; no íbamos preparados para la mendiga trampa que esos máncers nos tendieron.

En la tribuna un compañero anunciaba el término del mitin cuando del helicóptero salieron disparadas unas bengalas de colores, y enseguida se escuchó un disparo. Durante ese largo instante hubo un incómodo silencio, hasta que el tableteo de una metralleta nos volvió a la realidad. Nosotros pensamos en una provocación militar, por eso no nos movimos, aunque a nuestro alrededor la gente comenzó a dispersarse y el ejército surgió por todos lados, con bayoneta calada. Cuando vimos caer a las primeras víctimas del plomo militar, pues estos disparaban hacia todas direcciones, nos tiramos al suelo, porque éramos blanco fácil. El refugio era muy intenso, por eso grité a las chavas que huyéramos antes de que nos llevara la chingada. Sólo cuando disminuyó la balacera pudimos correr hacia la vocacional siete. No sé si por miedo o por curiosidad, pero miré hacia atrás y lo visto me heló la sangre: la plaza entera era un hervidero de muertos y heridos, todos corrían hacia todas partes llorando, gritando o sangrando: un gran desmadre. Al llegar a la voca saltamos los pequeños muros que dividen la plaza de la calle Manuel González; mucha gente tras nosotros también saltó y casi nos aplastan. Ya en la calle pegamos la carrera, porque una horda de granaderos y de chavos con un pañuelo blanco en la zurda se acercaban dando chingadazos a diestra y siniestra. En plena corretiza, un señor detuvo su combi y nos invitó a subir a todos. Ya con la combi hasta el cepillo enfilamos por Paseo de la Reforma y no paramos hasta Coyoacán, donde nos desperdigamos.

Después de la celada en la Plaza de las Tres Culturas, mediante el terror y presiones fuertes, el gobierno qui-

so pactar una tregua con el Consejo: nosotros deteníamos nuestras actividades durante las Olimpiadas y ellos se comprometían a no agredirnos si no había provocación de por medio. Desde un principio yo me opuse a esa transa y se los dije a todos, pues ahora teníamos más apoyo entre la gente y ya no éramos los malos; ese tiempo inactivos nos quitaría credibilidad. Pero el Consejo en asamblea aceptó el alto temporal y tuve que callarme el hocico; de culeros no los bajaba. De todos modos, el gobierno fue criticado por todas direcciones; hasta extranjeros le tupieron duro. La tregua sólo nos sirvió para reagrupar las bases, pues estaban dispersas a causa del miedo o la falta total de noticias. De todas formas se siguió madreando chavos con cualquier pretexto.

Ahora discutimos sobre el destino de la huelga, pero es imposible llegar a un pinche acuerdo. Nunca faltan los mismos cabrones, ya sean trostkos, maoístas, peces o lo que sean, quienes no se cansan de poner objeciones porque Marx dijo esto, Lenin eso, Mao aquello: un relajo. Ellos insisten en imponer sus doctrinas por encima de todo y eso sólo acabará por joder al Consejo Nacional de Huelga.

Quienes no dejan de apoyarnos son los intelectuales. Nos ayudan con asesorías y asambleas o moralmente, como Octavio Paz. Él renunció como embajador en la India porque no podía servir a un gobierno que asesina a su propia gente. Aparte, don Pepe Revueltas y Luis Villoro nos han hecho el paro muchas veces.

Acá todos te extrañamos y ya queremos verte con nosotros. Quizá pronto salgas porque nos dijeron que liberarán a muchos estudiantes, pues el presi quiere mostrar a los extranjeros que en México no existen los presos políticos. Como sea la raza te apoya, pues tienes nuestros mismos propósitos: Instaurar la democracia en México, país tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos. Ojalá ya se arreglara todo, porque ¿Te imaginas a México todavía más fregado de lo que está?

Te saluda
Raimundo

P.D. Nos avisan que apañaron al maestro Revueltas. Ni modo, nos hacemos menos, pero la lucha continúa. ¡Qué chingaos!

Margarita Ríos Farjat

Esperan,
No esperan nada pero esperan...

Juegan el largo, el triste juego del amor...

Cancioncilla

Margarita vestida de rojo
con su cara vestida de agosto y sus esperas largas
Margarita
orilla ansiosa de hora sin tiempo
Margarita
arrebatada en la espera larga
pequeño suspiro de rojo a destiempo

El no viene

Margarita
recuerda la banca que la noche durmió
noche saturada de noches que pasan
noche profunda de abrazos oscuros

Agosto se viste de esperas sentadas

Margarita
suspira círculos lacios
y habita un domingo interminable
en brazos pasados
en el recuerdo intenso
que resbala en un instante
que se escurre como piedra
en el recuerdo de una banca

No viene

El no viene

y Margarita vestida de rojo
al cruce del tiempo
se viste de agosto.

Faro

Guía nocturna
en el mar de tus ojos
nada la luna

Memoria

Esta lágrima
es un recuerdo
que resbala en el recuerdo
de tu cara